



DR. JOSE MARIA BANDERA.

4. 10 de Enero de 1930

Tomo V. Tercera Serie.

Número 1.

Enero 31 de 1910.

GACETA MÉDICA DE MÉXICO

PERIÓDICO

DE LA

ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA DE MÉXICO.



El día 10 de Enero de 1910

A las 10,30 a. m.

falleció en esta Capital el Sr. Dr.

José María Bandera,

SOCIO HONORARIO

DE LA

ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA DE MÉXICO.

D. E. P.

ANTE EL CADAVER DEL DR. JOSE MARIA BANOERA.

Por la Academia N. de Medicina.

Ha poco, en tu pintoresca casita de San Angel, cuando los últimos reflejos de un sol sin nubes se perdían en la inmensidad de un cielo azul, techo de nuestra Patria; cuando ese arrullo misterioso va extendiendo su velo sobre los campos y las aldeas para envolverlos en su oscuro crespón; cuando las vibraciones de algo que no vemos rodea nuestro asilo; tú, reclinado sobre una pequeña mesa donde se hallaba un libro abierto, iluminando sus páginas la tenue luz de una lámpara; yo, sentado frente á tí, sobre tu mismo lecho, contemplando con pena tu demacrado rostro; con voz velada, indicando el sufrimiento, me dijiste: "Manuel, pronto voy á morir y deseo que nuestro cariño acabe como comenzó, con aquellas tiernas palabras que de niños nos decíamos, con aquellos pensamientos que de jóvenes nos comunicábamos; venme á ver, para que por última vez evoguemos nuestros recuerdos; tú que estás sano y bien, tú serás el depositario de tus recuerdos y de los míos."

Sin duda no quise tocar el final de esos sentimientos, la firma de ese testamento que hacías antes de tu partida; el último adiós que teníamos que darnos; el último abrazo cuando nos separábamos para siempre.... Y aquí estoy, vengo á lártelo, vengo á decirte ese adiós alargando mi mano para que bajas á esa fosa donde te espera el destino que á todos, el polvo, la nada....

Pero no vengo solo; junto á mí está toda la nueva generación de nuestra querida Academia; yo, como el decano, llevo la palabra en su nombre; venimos á darte valor; no vaciles en este terrible trance del ser al no ser; baja á tu última morada.

Pero antes debo decir á todos los que nos acompañan, aun-

ANTE EL CADÁVER DEL DR. JOSE MARIA BANDRA.

Por la Academia N. de Medicina.

Ha poco, en tu pintoresca casita de San Angel, cuando los últimos reflejos de un sol sin nubes se perdían en la inmensidad de un cielo azul, techo de nuestra Patria; cuando ese arrullo misterioso va extendiendo su velo sobre los campos y las aldeas para envolverlos en su obscuro crepón; cuando las vibraciones de algo que no vemos rodea nuestro acilo; tú, reclinado sobre una pequeña mesa donde se hallaba un libro abierto, iluminando sus páginas la tenue luz de una lámpara; yo, sentado frente á tí, sobre tu mismo lecho, contemplando con pena tu demacrado rostro; con voz velada, indicando el sufrimiento, me dijiste: "Manuel, pronto voy á morir y deseo que nuestro cariño acabe como comenzó, con aquellas tiernas palabras que de niños nos decíamos, con aquellos pensamientos que de jóvenes nos comunicábamos; venme á ver, para que por última vez evoquemos nuestros recuerdos; tú que estás sano y bien, tú serás el depositario de tus recuerdos y de los míos."

Sin duda no quisiste tocar el final de esos sentimientos, la firma de ese testamento que hacías antes de tu partida; el último adiós que teníamos que darnos; el último abrazo cuando nos separábamos para siempre.... Y aquí estoy, vengo á dártelo, vengo á decirte ese adiós alargando mi mano para que bajes á esa fosa donde te espera el destino que á todos, el polvo, la nada....

Pero no vengo solo; junto á mí está toda la nueva generación de nuestra querida Academia; yo, como el decano, llevo la palabra en su nombre; venimos á darte valor; no vaciles en este terrible trance del ser al no ser; baja á tu última morada.

Pero antes debo decir á todos los que nos acompañan, aun-

que sea en pocas palabras, quién fuiste en tu vida, cuál es tu testamento moral, lo que dejas á las generaciones que nos siguen, y si al morir eras como los antiguos egipcios, digno de ocupar un lugar preferente entre tus mayores.



Radicado en Pachuca, en noviembre de 1866, la nascente Academia de Medicina te nombró su socio correspondiente.

Radicado en México, se te acordó el puesto de Socio Titular el 10 de diciembre de 1873.

Anciano ya, y cuando por la enfermedad no podías desempeñar tus trabajos académicos, entonces, como premio justísimo á tus méritos, recibiste el 13 de octubre de 1909, el título supremo que nuestra corporación confiere: el de Socio Honorario. Así, pues, cuentas 44 años de Académico. Has sido su Presidente, su secretario, miembro de la comisión de estilo, multitud de veces has desempeñado el cargo de jurado en diversas oposiciones.

Tu primer trabajo publicado en la *Gaceta* fué "Una observación de psoriasis curada por la vacuna," en el primer tomo; el último unas "Notas concernientes al mecanismo de la audición" y en los 46 tomos que se han publicado, en todos ellos quedan las páginas con el fruto de tu estudio; con la semilla de tu ilustración, de tu talento, de tu criterio, de tu buena fe sin mácula alguna.



Se iniciaba tu carrera médica no sólo con una escogida clientela, sino también con los torneos científicos; tu oposición á la plaza de médico del Hospital de San Ilipólito, fué una página brillante de tu libro de servicios á la Ciencia.

La segunda página fué el concurso para una plaza en el Hospital de San Andrés; puesto que por tantos años desempeñaste en unión de Andrade y Jiménez, de Carmona y Olivera. Allí, á la cabecera de tu enfermo y rodeado por tus alumnos, buscabas en el semblante demacrado el tinte amarilloso que reflejara la destrucción de una viscera, y el triunfo de un diagnóstico

confirmado en la plancha, así como un error, te daban nuevo aliento para buscar un elemento para prevenirla.

Tu fe de creyente sincero, cuánto debe haberse fortificado cuando la fisiología te enseñó esa admirable y perfectísima máquina humana, donde, cada vez que se profundiza en sus más pequeños detalles, como lo ha hecho Luigi Luciani, se siente, se palpa la grandeza de un Ser Omnipotente, de un ser grande, tan grande como ese espacio donde giran los astros, tan grande cuando ha dotado de vida á un microscópico insecto!

Nuestra respetable Sociedad de Geografía y Estadística te contaba entre sus miembros. El Consejo Médico Legal y después la Dirección del Servicio Médico fueron testigos de tus profundos estudios y de tus acertadas resoluciones.

Tus sufrimientos físicos eran crueles, los morales eran atenuados por la resignación cristiana, y . . . todos hemos podido verte vacilante, apoyándote en el brazo de tu querida hija, en el de un amigo, ir á tu puesto á cumplir con tu deber, y en él has muerto, cuando te faltó esa energía que nos enseñaron nuestros queridos maestros: *Vivir en el deber, morir en él.*

En los vírgenes bosques de Centro América está un lugar encantado que se llama Talamanca; sus habitantes, los indios *Changüinos*, cuando muere uno de importancia, son invitados los *tsugurs* ó sacerdotes cantores; los *sukies* ó curanderos; la familia, el pueblo; reunidos ante el cadáver, un *tsugur* enciende el fuego sagrado restregando dos pedazos de madera; en seguida los otros *tsugurs*, cantan las virtudes del muerto, y describen al auditorio el camino que aquél ha de seguir para llegar al cielo. — (Sionkoska.)

Estamos en torno de tí, tus hijos, tus parientes, tus amigos, tu hermano; los mismos que hemos compartido contigo los gozos de un triunfo científico; los de un estudio profundo; las amarguras de un desengaño.

Hemos cantado tus virtudes; ellas te han llevado al cielo de todo aquel que es bueno; tu patria premiará los sacrificios que has hecho por ella trabajando por hacerla grande en la ciencia.

Ese será tu cielo aquí.

D. E. P.

DR. MANUEL S. SORIANO.